

Presentación de Buscando el diario de Jesús

Por Juan Gaitán. 13 de marzo de 2014

Buenas tardes a todos.

Aristóteles, en el capítulo 9 de su *Poética*, escribe acerca de la Historia y la Poesía: «La misión del poeta –dice– no es tanto contar las cosas que realmente han sucedido cuanto narrar aquellas cosas que podrían haberlo hecho de acuerdo con la verosimilitud o la necesidad. El poeta y el historiador se distinguen en que el historiador cuenta los sucesos que realmente han acaecido, y el poeta los que podrían acaecer. Por eso la Poesía es más filosófica que la Historia y tiene un carácter más elevado que ella».

Naturalmente, a estas alturas de la evolución de la Literatura podemos validar la poesía que nombra Aristóteles como un genérico que abarca también otros modos expresivos, tal que la narrativa.

De modo que nos encontramos ante un hecho indiscutible. La literatura llega siempre más allá que la historia, convierte en posible lo imaginado añadiéndole riqueza, detalles, posibilidades y, sobre todo, misterio.

¡Ah! Qué sería de los escritores sin el misterio. El misterio es una de las esencias de la literatura. Todo comienza cuando nos preguntamos algo, cuando queremos ver el lado en sombra de las cosas, los descosidos que siempre tiene eso que llamamos realidad, y que no es más que un convencionalismo, un acuerdo al que hemos llegado para dar carta de validez a una, sólo una, de las infinitas posibilidades que tiene cualquier hecho.

En uno de los más inspirados y mágicos comienzos que jamás tuvo un relato, Ernest Hemingway hace un empleo magistral del misterio. En su relato “las nieves del Kilimanjaro”, el viejo Hemingway dice:

“El Kilimanjaro es una montaña cubierta de nieve de 19.710 pies de altura y dicen que es la más alta de África. Su nombre en masai significa «la Casa de Dios». Cerca de la cima se encuentra el esqueleto seco y helado de un leopardo, y nadie ha podido explicarse nunca qué estaba buscando el leopardo por aquellas alturas”.

Ya tenemos establecido el misterio, ya tenemos los mimbres para tejer la historia. De eso, de misterio, y de literatura, he venido a hablarles hoy.

Pocas cosas hay más misteriosas que la vida de Jesús de Nazaret, y no será porque no se han escrito millones de páginas en torno a su figura. Para unos es el hijo de Dios y Dios mismo. Para otros, un profeta, y para otros un rabino que fue más allá de donde debía.

Hay más de cincuenta evangelios llamados apócrifos, es decir, que no son admitidos por una u otra razón por la Iglesia Católica, que sólo acepta la validez de cuatro de ellos, los de Mateos, Marcos, Lucas y Juan, inspirados, según su doctrina, directamente por la divinidad. Pero el evangelio definitivo, el único, el absoluto, incluso por encima de estos cuatro, sería no el que estuviese inspirado por Dios, sino el que estuviese escrito por su propia mano. Claro que en

ese caso no estaríamos hablando de un evangelio propiamente dicho, sino de El diario de Jesús.

Muchas veces, para defender la validez del periodismo, su necesidad y su tremenda importancia, dejo caer ante mis interlocutores una reflexión. Si en tiempos de Jesús de Nazaret hubiese existido el periodismo, si hubiese habido periodistas, hoy podríamos disponer de una entrevista con el nazareno y conoceríamos de primera mano sus opiniones, sus enseñanzas. No tendríamos que recurrir a un auto de fe. Un simple ejercicio de hemeroteca sería suficiente para acercarnos a su palabra. Desgraciadamente, no disponemos de esos documentos históricos ni periodísticos, pero disponemos de escritores, de gente que, siguiendo las enseñanzas de Aristóteles, nos cuenta qué pudo haber sido, cómo pudieron ocurrir los hechos, qué puede estar escondiéndose detrás de las versiones oficiales, que muchas veces son poco, muy poco fiables.

Pues con todo esto, por no alargarme demasiado, Manuel Sánchez Bracho ha construido una novela apasionante, divertida, con la carga suficiente de misterio como para hacernos leer sin despegarnos del libro hasta llegar al final. Una novela en la que, con una enorme intuición narrativa, ha sabido buscar unos personajes muy cercanos, muy reales, muy creíbles, y a través de ellos recorreremos intrigados una serie de misterios, de trampas, de verdades y mentiras.

Una novela que se sustenta, además de en esa enorme intuición narrativa, en esa capacidad innata que tiene Manolo para contar historias, para hacerte entrar en su relato y dejarte atrapado ahí, se sustenta, decía, en una montaña de información, en una cantidad ingente de datos, comprobaciones, documentos, trabajo de campo y esfuerzo. Podríamos decir que Manolo es un escritor que no cansa porque es un trabajador incansable, de los que no dejan cabos sueltos, porque a veces roza, de tan documentado, más el reportaje que la novela.

“Buscando el Diario de Jesús” es la segunda parte de la novela “La Janukiya del Maestro de la Verdad”, y camina por las mismas veredas que aquel libro que para muchos fue sorpresa y descubrimiento. En esta entrega, que no será la última, nos desvelaremos con las peripecias de la doctora Ariela Meller y los científicos Luis Samuel, paleontólogo, Ildefonso del Valle, arqueólogo, y Benor, máximo dirigente de una organización secreta judía, que quieren encontrar el Diario de Jesús que María Magdalena, dos mil años atrás, había bajado del Monte Tabor para transmitir al mundo la Verdad de la religión de Jesús y no la que históricamente nos han contado.

Pero no les avanzo nada más. Deberán ser ustedes quienes acompañen a estos personajes a través de medio mundo, desde el palacio arzobispal de Braga al sarcófago de Nicodemo, quienes busquen la escarcela del emperador Carlos V, el nieto de los Reyes Católicos, o viajen hasta la ciudad holandesa de Alkmaar. Quienes corran con riesgos imprevisibles, desvelen secretos largamente guardados, sufran y amen con ellos. Deberán ser ustedes quienes, como en aquel cuento de Hemingway, suban hasta la cumbre del Kilimanjaro para, cerca de la cima, encontrar el esqueleto seco y helado del leopardo. Deberán ser ustedes, en fin, quienes disfruten de eso tan hermoso, y a veces tan inexplicable, pero siempre necesario, que llamamos literatura.

Muchas gracias.